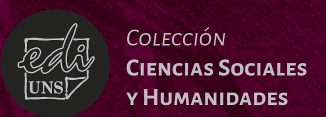

Nahuel Vassallo
Coordinador general

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Problemas, debates y perpectivas

Carolina Biernat, Nahuel Vassallo
Coordinadores del volumen



Nahuel Vassallo

Coordinador general

Carolina Biernat, Nahuel Vassallo

Coordinadores volumen

Historia Contemporánea

Problemas, debates y perspectivas



Colección ***Ciencias Sociales y Humanidades***

Historia Contemporánea. Problemas, debates y perspectivas / Enrique Aguilar... [et al.]; coordinación general de Nahuel Vassallo; Carolina Biernat; prólogo de Nahuel Vassallo. - 1a ed. - Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2022.
Libro digital, PDF
Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-655-304-9

1. Historia Contemporánea. I. Aguilar, Enrique. II. Vassallo, Nahuel, coord. III. Biernat, Carolina, coord.
CDD 909.83



Editorial de la Universidad Nacional del Sur
Santiago del Estero 639 |B8000HZK Bahía Blanca | Argentina
www.ediuns.com.ar | ediuns@uns.edu.ar
Facebook: Ediuns | Twitter: EditorialUNS





Red de Editoriales
de Universidades Nacionales
de la Argentina



















Música y medicina doméstica en la Biblioteca Pública de Buenos Aires

Matías Maggio-Ramírez[1]

Cantar, bailar y dejar que el cuerpo se arrobe entre los sonidos de la música podía ser perjudicial para la salud, si es que no se seguían los consejos que proponían los manuales de medicina doméstica dieciochescos y que florecieron en las bibliotecas hispánicas. Al analizar los libros fundacionales de la Biblioteca Pública de Buenos Aires se rastreó cómo la civilidad, en tanto crítica de costumbres, se encarnó en distintas variaciones sobre la práctica musical en los libros de medicina doméstica. Al repasar la historiografía sobre música en Buenos Aires en tiempos del virreinato del Río de la Plata (1776-1810) y en los primeros años revolucionarios se destaca la ausencia de una producción discursiva sobre música. Por lo que se ahondó en el análisis del catálogo fundacional de la Biblioteca Pública para rastrear cuáles eran los saberes disponibles sobre la cultura musical entre la bibliografía que la élite letrada donó a la institución. En este primer acercamiento se recortará el objeto en cuatro manuales medicinales para entender cómo la música estaba en relación con la salud y en particular con el entorno donde se practicaba. La divulgación médica, en tanto género literario, tuvo un relativo auge desde mediados del siglo XVIII cuando los textos medicinales se comenzaron a escribir en lenguas romances, en vez de latín, y apelaban a la lectura más allá de los claustros universitarios.

Desde la historia de las ideas se analizará el entrecruzamiento de la cultura musical con los discursos dieciochescos sobre salud y enfermedad. Los libros serán leídos como "una hermeneusis de la realidad, un intento de comprenderla y de exorcizarla; de enfrentarla" (Peire, 2008) ya que iluminan como semióforos un horizonte de lo pensable. Ese enfoque puede utilizarse al leer los primeros 14 años de la Biblioteca Pública, ya que en 1825 no se registró ninguna donación para la institución y se intuye que gran parte de los libros donados fueron comprados por los lectores durante el período virreinal.

[1] Universidad Nacional de Tres de Febrero, correo electrónico: mmramirez@untref.edu.ar.

La Biblioteca

La doble abdicación de Bayona, la avanzada napoleónica, el movimiento juntista español y americano, la crítica al centralismo metropolitano del reformismo borbónico, la reivindicación identitaria criolla en clave local, primero contra Lima y luego contra España —con especial énfasis en Buenos Aires tras las invasiones inglesas— fueron algunas de las múltiples causas que fomentaron el proceso revolucionario e independentista. Gabriel Entin distinguió dos revoluciones en este proceso, "la republicana, ocurrida entre 1810 y 1815, y la independentista desde 1816 hasta inicios de 1820" (2016: 13). En esos arcos temporales se realizaron las principales donaciones a la Biblioteca Pública de Buenos Aires, bajo la gestión del clérigo Luis José de Chorroarín como bibliotecario primero que mantuvo su cargo hasta 1821. Fue reemplazado por el presbítero Saturnino Segurola, según se anunció el 7 de septiembre de 1821 en el *Registro Oficial de la Provincia de Buenos Ayres*; pero a los pocos meses se nombró el 5 de febrero de 1822 al "ciudadano" Manuel Moreno, que había llegado del extranjero, como director de la institución (Maggio-Ramírez, 2021).

Los eruditos americanos construyeron para sí y franquearon el acceso de sus bibliotecas privadas a su comunidad de pertenencia, a la vez que participaban de la sociabilidad literaria del salón y la tertulia entre pares. También fueron donantes para fortalecer la Biblioteca Pública con el fin de fomentar el acceso al conocimiento en favor del bien común; ideal ilustrado al que también se apelaba en la fórmula de la "felicidad pública". Los letrados americanos realizaron una "crítica ilustrada de la realidad" (Chiaramonte, 2007) que buscó elaborar "un *balance* del pasado y el presente de las sociedades locales, y una evaluación de sus posibilidades futuras" (Silva, 2005: 21).

La fundación de la Biblioteca Pública se anunció a los lectores de la *Gazeta de Buenos Aires* el 13 de septiembre de 1810, aunque su apertura a los usuarios se realizó el 16 de marzo de 1816. Desde el aviso de la creación hasta 1824, la Biblioteca recibió donaciones de la élite letrada, comerciantes, burócratas, clérigos y mujeres de sociedad, para acrecentar el patrimonio bibliográfico. El elenco fundacional había sido instaurado por la donación testada a favor de la ciudad para la creación de una biblioteca por parte del obispo Manuel de Azamor Ramírez, que había construido su colección en España. Los fondos se nutrieron, además de las donaciones particulares, de las incautaciones a los contrarevolucionarios, y las bibliotecas de los jesuitas expulsados en 1767.

Las donaciones abarcaron temas diversos como la historia natural, la crítica de costumbres, el derecho y la legislación canónica, así como obras ligadas al fomento de la agricultura, solo por nombrar algunos tópicos presentes en los poco más de 1000 libros que se registraron en el libro de ingresos y donaciones entre 1810 y 1824. Solo dos títulos, donados por Luis José de

Chorroarín en 1821, abordaron la música como problema, pero en muchos otros la música resonaba en sus páginas[2].

La música ausente en las letras

La historiografía que abordó la música en el Buenos Aires virreinal se lamentó por la ausencia de "crónicas en donde se relate o valore manifestación musical de aquella época, pero abundan las referencias sobre fabricantes de instrumentos de música, ejecutantes y compositores" (Mariluz Urquijo, 1987: 527). En cambio, se recuperaron datos fragmentarios del mundo musical porteño como los nombres de los interpretantes y los contratos que firmaron, en el caso que los firmaran. Un caso emblemático fue el hallazgo del documento que selló la relación de Blas Pareda como el director del Coliseo Provisional (Torre Revello, 1943-44: 210-216). El mismo enfoque descriptivo se encontró cuando se abordaron los teatros porteños y la música anterior a 1810, al recordarse en forma sumaria los intérpretes y espacios dedicados a la música (Trenti Rocamora, 1949: 37-45). Es decir, la historiografía sobre la música en Buenos Aires en tiempos del virreinato del Río de la Plata se centró en rescatar los nombres y etnias de los músicos tardo coloniales sin ponerlas en relación con la cultura del período (Gesualdo, 1962, pp. 125-134). En cambio, sí se ahondó en el período colonial, por ejemplo, en la investigación de Guillermo Furlong (1969) con especial énfasis en la música sacra focalizada en la experiencia de las misiones jesuíticas.

Tal vez la ausencia de discursos críticos se debía a que la práctica musical, tanto en algunos ámbitos religiosos como profanos, era llevada adelante por pueblos originarios como los guaraníes formados por los jesuitas o por esclavos afroamericanos. La legislación de limpieza de sangre y de oficios, sería una de las claves para entender la resistencia de españoles americanos y criollos para incorporarse al campo de la música profesional. La música que prestaba servicios en distintos eventos públicos, a diferencia de la que se plegaba sobre su propio círculo social al interior de las tertulias, fue dejada de lado por los eruditos dieciochescos como objeto de crítica y análisis musical. La falta de textos sobre música en el período virreinal porteño podría leerse en clave identitaria. Años antes, en la misma clave, el informe que elevó Juan Beltrán sobre cómo la cuestión de la blancura operó en una capilla limeña que le "llamó la atención sobre los bajos sueldos, la excesiva presencia de negros y zambos en el coro que inhibía a los blancos a integrarse a él, la mala preparación de los integrantes (…)" (Tello, 2010: 33). Los españoles americanos se atribuían un "capital simbólico de la blancura" (Castro-

[2] Los libros sobre música que Chorroarín donó en 1821 se registraron: "Rousseau. Dictionaire de mucique. 8°" y "Alambert. Elemens de mucique theorique et practique. 8°". (*Primer libro de donaciones*, s/f)

Gómez, 2005) que los diferenciaba de los músicos, por lo que su práctica no era relevada ni analizada.

La literatura medicinal

En el libro de ingresos y donaciones los títulos se registraron incompletos, se indicó el formato, cantidad de volúmenes de la obra y la encuadernación de la misma si es en pasta, pergamino o tafilete. La literatura medicinal tuvo un fuerte empuje gracias a las traducciones realizadas por Juan y Félix Galisteo, impresas en la casa de Benito Cano, y puestos a la venta en la librería de Francisco Fernández; entre los que se destacó el "Aviso a los literatos y poderosos acerca de su salud, o Tratados de las enfermedades más comunes a esta clase de personas (…)" de Samuel Auguste André David Tissot; y que transcendió más allá de la península ibérica.[3] El título de las obras sobre medicina doméstica apelaba a sus lectores tanto en el campo como los eruditos en la ciudad. Desde el título se les indicaban que allí encontrarían las soluciones para las enfermedades más frecuentes, y cómo curarse. Los destinatarios de los saberes médicos eran tanto la gente del campo, quienes prestaban servicio en los ejércitos en el teatro de batalla y en las guarniciones, como la gente de letras y aquellos que llevaban una vida disoluta; no exenta de enfermedades venéreas. Los manuales de medicina doméstica fueron herederos de la tradición bajomedieval donde "seis elementos externos al cuerpo cuyo buen uso era, no obstante, esencial para la vida y la salud: el aire, la comida y la bebida, la retención y evacuación, el sueño y la vigilia, el movimiento y la quietud y los accidentes de ánimo" (Bolufer Peruga, 2000, p. 34). En el equilibrio de estos factores se centraba el paradigma de la salud como el "resultado de la circulación libre, moderada y equilibrada de los humores dentro del cuerpo [...] que invocaban cuatro principios básicos: libertad, limpieza, moderación y actividad" (Bolufer Peruga, 2000, p. 40).

En el registro de ingresos y donaciones se hallaron los *Principios de cirugía* de Mr. Jorge de la Faye, los *Aphorismos de cirugía* de Boerhaave con comentarios de Gerardo Van Swieten en

[3] En las bibliotecas particulares del Río de la Plata se encontró esta obra de Tissot en las librerías del obispo Manuel de Azamor y Ramírez, el médico Cosme Mariano de Argerich y Francisco Pombo de Otero, según el relevamiento que se puede consultar en Parada (1998). Si bien no se encuentra anotado en el libro de ingresos y donaciones por parte de Chorroarín, se halló en el Tesoro de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno el libro de Tissot firmado en su portada por el bibliotecario primero, por lo que se cree que cuando donó su biblioteca personal no se registraron la totalidad de los libros. En Brasil se halló a Tissot presente en el catálogo del gabinete de lectura real con que se trasladó la corona portuguesa. Allí se encontró: *De la sante des gens de lettres*, en su edición de 1788 y *L'onanisme: dissertation sur les maladies produites par la masturbation* publicado en 1791. Catálogo disponible en http://www.realgabinete.com.br.

seis tomos *in cuarto* con varias láminas, un *Tratado de las enfermedades de los huesos* de Mr. Petit, un *Tratado de partos, naturales y difíciles o laboriosos*, por Mr. Levret entre otras tantas obras médicas que habitaron las bibliotecas virreinales privadas. La literatura médica a finales del siglo XVIII se encontraba en una crisis epistemológica. Frente a la superchería y charlatanería, en un territorio gobernado por saberes tradicionales de transmisión oral, tuvo la medicina en castellano que presentarse con mayor rigor y fiabilidad. El médico cimentaba sus opiniones a partir del análisis del caso clínico que comparaba con la literatura que abundaba en la descripción de sintomatologías y tratamientos de distintas enfermedades. El saber diagnóstico era conjetural frente a la ausencia de reglas que otorgaran certezas. Al enfrentarse a la lectura de un manual de medicina doméstica lo primero que se encuentra es una abultada sumatoria de casos con sus descripciones de síntomas porque la medicina, como estrategia retórica, tuvo que centrarse en la recolección de información certera y rigurosa en vez de basarse en sistemas y dogmas. Frente al crecimiento de las ciudades, el aumento de la alfabetización, y el auge de periódicos y lectores en la Europa ilustrada, los médicos académicos comenzaron a escribir cada vez más en lenguas romances, con un registro divulgativo que permitió una amplia circulación de sus libros en América y Europa (Arquiola y Montiel, 1993). Los saberes medicinales, en tanto apelaban a la regulación de conductas para buscar el equilibrio de los cuatro humores, dejaron su huella en los manuales de civilidad, textos pedagógicos de educación moral y cristiana, manuales de paleografía, así como en la prensa y la ficción didáctica que circuló con ahínco desde finales del siglo XVIII.

Cambiar los comportamientos, modificar las costumbres para cuidar la salud fue uno de los tópicos de la literatura médica que hizo hincapié en la relación entre el clima, el ambiente y el cuerpo. Para lograr esta meta es que se apeló a la educación, en tanto "conjunto de procesos de socialización e inculcación de valores, comportamientos y afectos, no restringible de modo exclusivo a los tratados e instituciones pedagógicas", (Bolufer Peruga, 2000: 27), ya que se "atribuía gran importancia a la influencia del medio en la formación moral e intelectual de las personas" (Bolufer Peruga, 2000: 27).

La medicina doméstica buscaba que los lectores tuvieran un papel activo en el cuidado de su salud, para que al seguir sus preceptos pudieran prevenir enfermedades, pero tales consejos solo podían ser llevados adelante por un público con vida acomodada y ociosa (Perdiguero, 2003). La salud fue pensada en el siglo XVIII como un régimen de vida que incluía la dietética, el cuidado del cuerpo y la relación con el ambiente; por eso uno de los principales consejos para los cantantes era ventilar el ambiente para evitar que inhalar el aire pútrido de las habitaciones cerradas.

La música y el cuidado de sí

Los libros seleccionados donados por la élite letrada porteña tienen algunas marcas sobre cómo interpretaban la práctica musical y cómo se aconsejaba pensarla en relación con el ámbito en el que se practicaba. La salud tenía en la música un aliado cuando interrumpía el sedentarismo e invitaba al baile. En cambio, cuando la práctica de instrumentos de viento o el canto se realizaba en lugares sin la correcta ventilación se ponía en peligro la salud del intérprete.

Le Bégue de Presle

El conservador de la salud, ó Aviso a todas las gentes acerca de los peligros que les importa evitar para mantenerse con buena salud, y prolongar la vida de Achille Guillaume Le Bégue de Presle fue traducido por Felix Galisteo y Xiorro para la casa impresora de Pedro Marín. El autor era doctor regente de la Facultad de Medicina de París y censor real. El prólogo de la edición española, tal vez refundido por la mano del traductor, informaba que luego de explicar los peligros y los efectos de la enfermedad, se continuaba con los medios para precaverlos, así como los remedios simples, activos y menos costosos para aliviar al doliente mientras se esperaba al facultativo. Si el médico no llegaba se recomendaba la consulta del Aviso *al pueblo acerca de su salud,* de Samuel Tissot, que se citaba con ahínco en la obra y que se recomendaba su compra. El público al que estaba destino el libro era tanto el pueblo que ganaba su vida a costa del sudor y las personas de conveniencia y ricas "que sin trabajo del cuerpo ni del espíritu, y sin necesidad alguna, tienen la libertad de elegir el asunto que más le agrada para ocuparse". El objetivo del libro, enunciado en el prólogo, era que los lectores aprovecharan sus consejos para evitar "todos los excesos que pueden ocasionar enfermedades en el cuerpo, y viciar al espíritu, pues estos excesos privan a la sociedad de muchos más individuos, que enfermos imaginarios y pusilánimes pueden hacer su lectura (...)".

El espectro de temas que abordó iba desde el aire, la comida, los vestidos, la vigilia y el sueño, así como los problemas de la "vida sedentaria" y de la "posición corvada". Esto último se a-plicaba tanto al erudito como a la música que pasaba demasiado tiempo en las prácticas instrumentales. Entre los apartados se advertía de los "Peligros de cantar y gritar", así como los "Peligros del baile". Cantar o gritar por mucho tiempo era peligroso porque

> un volumen de aire considerable respirado de una vez, su rarefacción repentina, su frialdad en ciertos tiempos, sus efectos mientras está comprimido en el pecho, porque no se le dexa salir sino poco a poco, las inspiraciones que tan poco se hacen con

> mucha frecuencia como muy despacio, los esfuerzos para formar sones graves y agudos, la agitación que causa la sangre y el fluido nerveo, y lo violento del sentido y la expresión de las pasiones, son otras tantas causas de la tos, del catarro, de arrojar sangre por la boca, y de las hernias. (Presle, 1776: 304-305)

La música vocal era considerada un problema de salud en las ciudades para aquellos que padecían "males de pecho", al punto que Samuel Tissot (1786: 302) aconsejaba en su *Aviso á los literatos y poderosos acerca de su salud* evitar vivir en ciudades densamente pobladas porque los aires pútridos no hacían más que complicar el cuadro clínico ante la práctica del canto, y especialmente recomendaba que "la música vocal debe absolutamente desterrarse de la educación de aquellos jóvenes en los que hay alguna sospecha de este mal [de pecho]".

Le Presle en "Peligros del bayle" recomendaba esta práctica acompañada por música porque la alegría se "derrama en todos los semblantes, se acelera la circulación, cada uno siente que se aumentan sus fuerzas, y que sin querer está en movimiento. Todos los días se ve que este ejercicio es saludable a la juventud, a las mujeres jóvenes (…)" (Presle, 1776: 300) pero hay que tener cuidado de no abandonarse al baile. El exceso del baile podía generar enfermedades inflamatorias y el desfallecimiento. Otro de los peligros era tocar instrumentos de viento, ya que para las personas delicadas y que tenían el pecho débil era peligrosísimo para su salud. Al tener poca capacidad pulmorar "no respiran con libertad y con frecuencia tienen catarro, tos, ronquera, y dolores de espalda" (Presle, 1776: 311). Al exhalar aire caliente de los pulmones por mucho tiempo a través del instrumento, además de la rubicundez de la cara podía generarle al músico "roturas de los vasos, dolores de pecho, la tisis, las hernias, la disminución y aún la detención de la circulación en el pecho" (Presle, 1776: 311) por lo que solo a las personas muy robustas y que gozan de buena salud es que se les recomendaba la práctica de los instrumentos de viento. Siempre y cuando se encuentren los músicos atentos a cualquier indisposición, como "algo de sangre en los esputos", para suspender por un tiempo o dejar la práctica musical por siempre.

Buchan

Willliam Buchan decidió escribir para un público fuera de la academia inglesa porque esperaba ser "útil a aquellos que están en la necesidad de ganarse la vida en empleos pocos favorables a la salud. No escribo esto para atemorizar a los hombres (…)" (Buchan, 1785: VI). La música como distracción, para evitar que las meditaciones serias abrumen el espíritu del literato recomendaba que cuando la mente era ideal sacarlo de tal soporación. Afirmó que "seria útil que cualquier persona que estudia supiera esta ciencia [la música] para divertirse después de las meditaciones serias, tocando árias, que contribuya a avivar los espíritus, e inspirar el buen

humor y la alegría" (Buchan, 1785: 69). La enseñanza de la música era para los literatos como una salvaguarda; para evitar que se arroben entre las letras al interior de su biblioteca. El sedentarismo del erudito usualmente venía acompañado de la melancolía y la misantropía, por lo que la música ayudaba a su sociabilidad. La música como un valor para los eruditos estuvo presente en distintas obras medicinales, como la del limeño Hipólito Unanue.

A las mujeres, en relación con la música y su salud, se les recomendaba el baile. A pesar que se podía considerar un arte por las figuras de la danza, recomendaba mirarlo como un "ejercicio provechoso a la salud […porque] es útil para interrumpir la vida sedentaria que están expuestas las mujeres" (Buchan, 1785: 265)

Unanue

El único libro escrito por un médico americano que se pudo identificar en el libro de ingresos y donaciones fue *Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia sobre los seres organizados, en especial el hombre* de Hipólito Unanue, que en su segunda edición fue donada por el autor en 1822. Desde el título la obra se insertó el limeño en la tradición de la medicina ligada al determinismo climático, que sostenía que los climas cálidos fomentaban la pereza y la melancolía, pero, a diferencia de los eruditos europeos, creía que había factores morales que podían hacer contrapeso. El macrocosmos dejaría su huella en la escritura, floreaba los textos científicos y también tendría su influencia en la música. Quienes deseaban disipar la melancolía, se les recomendaba que busquen la conversación de un amigo o que escuchen música porque podía "refrenar los delirios" (Unanue, 1815: 240).

Aunque la música peruana era para Unanúe la "pura expresión de la tristeza. La verdad es que tienen tonos alegres y danzas animadas de un placer festivo; pero el *yaraví* es la canción favorita" (Unanue, 1815: 135). Unanue creía que una de las marcas de civilidad de las naciones se encontraba en la enseñanza musical de un instrumento portátil, porque "se lleva consigo en la soledad y en los viajes un compañero agradable" (Unanue, 1815: 174). La soledad, en compañía de la melancolía, sólo era más llevadera en los climas templados si era acompañada por música.

En la propuesta medicinal la música tenía un rol relevante ya que no era aconsejable realizar ejercicio en silencio. Cantar, además de actuar sobre las pasiones del ánimo, influía en la constitución del cuerpo porque se tonificaban nervios y tendones. "El hombre es naturalmente músico, descubriendo una pasión vehemente a este bello arte en todos los grados de edad y civilización en que puede hallarse" (Unanue, 1815: 174), implicaba pensar en los distintos peldaños que separaban a las naciones "bárbaras" de las "civilizadas", en los estándares de los ilustrados americanos que cuestionaban las ideas de Cornelius de Pauw y el Abate Raynal, entre otros (Gerbi, 1960).

A tal punto se creía que el clima influía sobre las personas que la coloración de la piel se pensó determinada por la temperatura del lugar de residencia. Los dos extremos del clima, calor y frío, generaban el color negro en la piel de los habitantes de las naciones y eran para Unanue los afroamericanos aquellos que eran más torpes entre las “razas humanas” pero aventajaban a los americanos en la inclinación a la música, porque de “cuánto cae en sus manos hacen un instrumento armónico, y si solo encuentran una quijada de burro o de caballo, la baten y saltan a sus sonidos con tal precisión, que no se encuentra otra igual en las danzas europeas” (Unanue, 1815: 174).

Conclusiones

El libro de ingresos y donaciones de la Biblioteca Pública de Buenos Aires es un espacio en que se consolidó el panorama de la bibliografía que circuló en la ciudad. Al rastrear los libros medicinales que estuvieron disponibles entre la élite letrada se encontraron cuáles eran los saberes disponibles para la élite sobre cómo se configuraba la salud, en la libre circulación y equilibrio de los cuatro humores. El movimiento de los humores podía verse interrumpido por el sedentarismo del músico, por las horas de prácticas con el instrumento, por lo que se le aconsejaba bailar. La música, como acompañante de la danza, tenía una justificación en el mundo de la medicina doméstica.

La música vocal y la instrumental, principalmente cuando se trataba de un instrumento de viento, era desaconsejada para quienes no tuvieran una complexión corporal robusta y aun así debía practicarse con cuidado principalmente en ambientes ventilados para evitar inhalar aires viciados y pútridos.

La práctica musical, el baile y el canto no podía desligarse del cuidado de sí, ya que su práctica estaba también regulada por el clima. La mirada de Unanué, que recuperó desde Lima las distintas lecturas sobre medicina doméstica y las interpretó en clave local, remarcó la importancia de la enseñanza musical y principalmente la de instrumentos aerófonos, que no eran ajenos a la tradición americana, para que la soledad del erudito cuente con la compañía de la música.

Los libros, tal vez leídos en Buenos Aires, enmarcaron un espectro posible sobre cómo se pensó la práctica musical en relación con la salud. Ante la ausencia de fuentes se trató de establecer un panorama en el que la música y la salud estaban ligadas en función de la circulación de los humores en un cuerpo que era concebido de una forma en el que tenía un diálogo constante con su entorno. Por lo que cantar, bailar y dejar que el cuerpo se arrobe entre los sonidos de la música podía ser, con los cuidados del caso, una decisión saludable; según los médicos del siglo XVIII.

Bibliografía

Arquiola, E. y Montiel, L. (1993). *La corona de las ciencias naturales: La medicina en el tránsito del siglo XVIII al XIX*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Recuperado de http://books.google.com/books?id=CufaAAAAMAAJ.

Bolufer Peruga, M. (2000). "'Ciencia de la salud» y «Ciencia de las costumbres': Higienismo y educación en el siglo XVIII". *Areas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*. 20. Recuperado de http://revistas.um.es/areas/article/view/144641.

Chiaramonte, J. C. (2007). *La Ilustración en el Río de la Plata. Cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato*. Buenos Aires: Sudamericana.

Entin, G. (2016). "Prólogo. Enigmas y dilemas de la independencia". En *Claves del siglo XXI. Crear la independencia: Historia de un problema argentino*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Furlong, G. (1969). *El trasplante cultural y social del Río de la Plata 1536-1810. El trasplante cultural: Arte*. Buenos Aires: Tipográfica Editora Argentina.

Gesualdo, V. (1962). "La música en la Argentina durante el período colonial". *Revista Musical Chilena*. 16(81-82), 125-134.

Maggio-Ramírez, M. (2021). "La biblioteca en el papel: Las tensiones organizativas en el proceso de apertura de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: 1810-1823". *Anales de Documentación*. 24(1). https://doi.org/10.6018/analesdoc.426481.

Mariluz Urquijo, J. M. (1987). *El Virreinato del Río de la Plata en la época del marqués de Avilés (1799-1801)*. Buenos Aires: Plus Ultra.

Parada, A. E. (1998). "Libros de medicina durante el período hispánico (Segunda parte)". *Saber y Tiempo*. 2(5), 113-134.

Peire, J. (2008). "Leer la Revolución de Mayo: Bibliotecas tardocoloniales en el Río de la Plata". *Eadem Utraque Europa*. (6), 109-155.

Perdiguero, E. (2003). "Popularizando la ciencia: El caso de la medicina doméstica en la España de la Ilustración". En Barona, J. L.; Moscoso, J. y J. Pimentel *La Ilustración y las ciencias. Para una historia de la objetividad*. Valencia: Universitat de València, pp. 155-178.

Silva, R. (2005). *La Ilustración en el virreinato de Nueva Granada: Estudios de historia cultural*. Medellín: Carreta Editores.

Tello, A. (2010). "El tránsito de los virreinatos a los estados independientes". En *Historia de la música en España e Hispanoamérica*. Vol. 6: La música en Hispanoamérica en el siglo XIX. Fondo de Cultura Económica, pp. 23-70.

Torre Revello, J. (1943). "Blas Parera, director de orquesta del Teatro de Buenos Aires". *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*. XXVIII(97-100), 210-216.

Trenti Rocamora, J. L. (1949). "La música en el teatro porteño anterior a 1810". *Revista de Estudios Musicales*. 1, 37-45.